

## ARABIA SAUDÍ CONTRA IRÁN: UN EQUILIBRIO REGIONAL DE PODER

Fatiha Dazi-Héni

Las actuales divisiones sectarias entre el Reino de Arabia Saudí y la República Islámica de Irán parecen estar mucho más relacionadas con el enfrentamiento geopolítico y el antagonismo ideológico en su búsqueda por el predominio en Oriente Medio, que con la religiosidad. Esta nueva «guerra fría» puede verse acentuada debido a las estrategias que utilizan los dos países desde los eventos de la Primavera Árabe, que han mostrado una creciente bipolarización basada en el sectarismo de los conflictos que, cada vez más, enfrentan a sunníes y chiíes en la región de Oriente Medio y Norte de África (MENA, por sus siglas en inglés) desde 2011.

Esta situación podría, con toda probabilidad, llevar a que prevalezca la narración sectaria en la búsqueda de ambos por la supremacía en Oriente Medio. Sin embargo, los dos Estados se enfrentan al reto de su propia agenda nacional, que no coincide necesariamente con su retórica regional basada en el sectarismo.

### La rivalidad entre Arabia Saudí e Irán, un tradicional conflicto geopolítico de la región desde 1979

La intensa y directa competencia entre Irán y Arabia Saudí por la influencia regional en el Golfo Pérsico en concreto y Oriente Medio en general es un fenómeno reciente. Los dos países difícilmente pueden ser aliados naturales. Uno es mayoritariamente sunní y el otro chií. Desde la Revolución Iraní ambos se arrojan el derecho de hablar por todo el mundo musulmán. Los dos tienen un amplio litoral en el Golfo Pérsico y por lo tanto ambiciones en la región. Irán es mucho mayor en cuanto a población, Arabia Saudí produce mucho más petróleo. Pero no hay nada en todo esto que les condene a estar en conflicto permanente. Durante la época del sah, los dos países se veían el uno al otro, si bien no como aliados, por lo menos no como enemigos.

Su conflicto directo más reciente tiene su origen en la invasión estadounidense de Iraq en 2003. La eliminación del régimen de Saddam Husein en Bagdad alteró de forma fundamental el equilibrio de poder en el Golfo Pérsico. Desde entonces, estamos presenciando una nueva «guerra fría» entre Arabia Saudí e Irán, con Iraq convertido en el principal campo de batalla de esa rivalidad ideológica que cubre la búsqueda del liderazgo en Oriente Medio. Desde este punto de vista, esta rivalidad tiene mucho que ver con una lucha política por ganar influencia y defender sus intereses para el liderazgo regional.

Mientras que Iraq seguía siendo un Estado activo, servía como contrapeso al poder iraní. Los saudíes lo sabían y apoyaron a Saddam en su guerra contra Irán entre 1980 y 1988, aunque ni les gustaba ni confiaban en él. Incluso después de la nefasta invasión de Kuwait en 1990, Iraq sirvió de zona de amortiguación entre Irán y Arabia Saudí. La caída del régimen de Saddam Husein y la incapacidad de Estados Unidos de construir un régimen iraquí estable que le sucediera, hicieron que Iraq pasara de actor a campo de batalla en el juego por el poder en

Oriente Medio. Tanto Irán como Arabia Saudí apoyaron, y siguen apoyando, a sus aliados locales en el conflicto político interno en Iraq. Los iraníes tienen sin duda la mejor mano aquí, con muchos aliados entre los países de mayoría chií y una estrecha relación con el gobierno de Nuri al-Maliki, el primer ministro iraquí.

Una de las consecuencias imprevistas de la intervención estadounidense en Iraq en 2003 ha sido el aumento de las tensiones sectarias, no solo en ese país, sino en toda la región. El colapso del Estado iraquí ha llevado a una mayor reafirmación iraní y a una creciente preocupación entre los países árabes. En este contexto, el rey Abdullah de Jordania utilizó el término *medialuna chií* para describir los supuestos planes iraníes para cambiar el equilibrio regional y apoyar la alianza de regímenes chiíes. Y este temor ahora se está convirtiendo en una realidad bajo la esfera de influencia iraní, algo más que un mero escudo protector chií dominado por Irán, debido a las significativas diferencias entre la teología de la República de Irán y el resto de los chiíes en Iraq, la Península Arábiga o los alauíes, zaidíes e ismaelíes, que son muchos más de los doce millones de creyentes chiíes iraníes. Pero hoy en día, con el fuerte apoyo de Irán al régimen sirio que se enfrenta a una rebelión sunní desde hace dos años y medio, las monarquías del Golfo Pérsico denuncian abiertamente cualquier atisbo de solidaridad hacia los chiíes.

La competencia entre Arabia Saudí e Irán por la influencia sobre Iraq sirve de patrón para su rivalidad regional más amplia. Este enfrentamiento se libra en las fragmentadas políticas internas de los Estados árabes más débiles: el Líbano, los Territorios Palestinos, Yemen así como Iraq. Cada bando apoya a sus aliados locales con la esperanza de que estos lleguen al poder, como Al-Maliki en Iraq, y se inclinan hacia su patrón extranjero. Entre los aliados de Irán están Hizbullah en el Líbano y hasta cierto punto Hamás en los Territorios Palestinos; entre los de Arabia Saudí están la Autoridad Palestina y los partisanos sunníes del anterior primer ministro Saad al-Hariri en el Líbano, ahora amenazados por una poderosa tendencia salafí apoyada abiertamente por Riad. Arabia Saudí también apoya a varios jeques tribales y figuras políticas sunníes en Yemen, Siria e Iraq.

Ni Riad ni Teherán suponen una amenaza militar real para sus vecinos. El ejército saudí es bastante pequeño e inexperto y ha salido pocas veces de sus fronteras a excepción de una corta y fracasada experiencia contra los rebeldes Huthis en Yemen del norte entre noviembre de 2009 y febrero de 2010. El ejército iraní es más grande y tiene más experiencia en el campo de batalla debido a su guerra con Iraq en los años 80, pero tampoco es una verdadera amenaza ofensiva con la excepción de los misiles balísticos no convencionales y el programa de enriquecimiento nuclear que no tiene otro fin que de arma disuasoria.

### **La rivalidad entre Arabia Saudí e Irán a partir de la Primavera Árabe**

Estos dos países durante las revueltas árabes lucharon en realidad por la influencia en la región con dinero, armas, ideología e influencia sectaria en la política interna de sus vecinos. Y esta realidad se convirtió en la gran historia de la Primavera Árabe en el equilibrio regional entre los dos Estados dominantes de la región MENA. El principal asunto es cómo la rivalidad por la influencia regio-

nal entre Arabia Saudí e Irán se ve afectada por los cambios internos que están teniendo lugar en los Estados árabes.

La rivalidad que surge de la lucha geopolítica entre los dos Estados en el Golfo Pérsico es ahora el factor internacional más importante en Oriente Medio. Aunque el conflicto árabe-israelí sigue siendo un elemento internacional clave en la región, actualmente está paralizado. La principal dinámica regional e internacional viene de las maniobras de Teherán y Riad. Ambas han ganado y perdido en la Primavera Árabe, pero en última instancia las dos tienen un interés común por ver prevalecer un vago proceso democrático en la región o por lo menos un interés por ver cómo algún tipo de statu quo fallido prevalece en los débiles Estados del levante: Iraq y Yemen.

Al sacudir la estabilidad de varios Estados árabes, la Primavera Árabe ha abierto nuevos campos de batalla para Arabia Saudí e Irán. En Yemen, los saudíes denuncian que los iraníes han establecido lazos con el movimiento Huthi, que inició la rebelión contra el gobierno central a mediados de los 2000 y que actualmente controla gran parte del norte del país. El gobierno de Bahréin denuncia, sin demasiadas pruebas, que la movilización popular por la reforma política que agitó el país entre febrero y marzo de 2011 fue orquestada por Teherán. Pero eso fue suficiente para que los saudíes enviaran tropas a Bahréin en apoyo al monarca sunní que gobernaba ahí. Los saudíes perdieron a su mayor aliado árabe frente a Irán cuando Hosni Mubarak salió del poder en Egipto. Ahora intentan que los iraníes sufran lo mismo apoyando a los rebeldes sirios en su lucha con el aliado iraní Bashar al-Asad. A medida que el poder del gobierno central se derrumba y Siria se adentra en una guerra civil, se está convirtiendo actualmente en otro campo de batalla principal en la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí.

Tanto para Arabia Saudí como para Irán, la Primavera Árabe no es otra cosa que una batalla más en su conflicto geopolítico. Por lo tanto, el sectarismo ha experimentado un alza después de los alzamientos populares en el mundo árabe. Las recientes luchas sectarias que siguieron a la caída de los líderes autoritarios árabes y los frágiles procesos de transición (como el de Egipto) han llevado a una serie de distanciamientos entre islamistas y secularistas, entre conservadores y liberales, así como a divisiones religiosas entre sunníes y chiíes. Esta situación ha visto también alianzas imposibles como en Egipto, hoy en día, entre las tendencias llamadas prodemocráticas liberales y los militares, o parte de los salafíes (Hizb al-Nour) con los cristianos (la Iglesia copta), que se pusieron de acuerdo para eliminar del ámbito político al poderoso movimiento de los Hermanos Musulmanes. Sin embargo, el crecimiento del conflicto sectario que siguió a los alzamientos de 2012 ha sido aprovechado también, y principalmente, para estrategias políticas. Así que, aunque el sectarismo es real y conlleva importantes riesgos en esta región, en mi opinión no es el principal causante de las divisiones. El inicio de la profundización de las divisiones sectarias religiosas en la región hay que llevarlo a la caída de Saddam Husein en 2003, la Primavera Árabe no vino sino a acelerarlo, especialmente en el conflicto sirio. El gobierno central iraquí sigue siendo débil y está luchando por mantener la unidad nacional. La ascensión de

una fuerte presencia kurda en el norte y un bastión chií en el sur hizo que los sunnís del centro quedaran atrapados entre fuertes facciones rivales regionales. Tras los cambios de poder de 2011-2012, varios países árabes temen ahora que estas tendencias sectarias puedan llegar a desestabilizar sus propios territorios. Algunos gobiernos de la región, por lo tanto, han sentido presión por responder a estos acontecimientos para evitar posibles contagios.

Al mismo tiempo, el gran énfasis que hacen los líderes árabes sobre los peligros del sectarismo sirve convenientemente a su propósito de salvaguardar el poder de las élites gobernantes. El riesgo de divisiones sectarias es real y está presente en varios países árabes. En el Líbano, ha resurgido la lucha sectaria entre sunnís y alauís en Beirut y Trípoli, en el norte del país. Sin embargo, los gobiernos árabes han instrumentalizado hábilmente los peligros tangibles del sectarismo para mantener y liderar las protestas. En Arabia Saudí, la represión de tímidos alzamientos en el este del país fue presentada por los gobernantes como una lucha contra una sedición chií. Una estrategia diplomática pública similar se adoptó en Bahreín donde la violencia alcanzó una mayor escala. El presidente de Yemen Ali Abdullah Saleh definió las tensiones entre comunidades como un plan que pretendía desestabilizar y dividir el país.

Las tensiones sectarias han asumido proporciones muy alarmantes en Siria, donde las revueltas se convirtieron rápidamente en violencia entre sunnís y alauís. Este énfasis de hoy en día en la «chiitización» de la secta alauí, aunque ya había sido denunciado anteriormente, es un signo claro del creciente sectarismo. El régimen sirio ejerció una dura represión y justificó sus actos por la amenaza de la «conspiración extranjera». El argumento sectario, eventualmente, sirvió al régimen de Al-Asad en sus esfuerzos por limitar la dinámica de las protestas manteniendo a la gente lejos de la calle.

### **La estrategia del régimen saudí**

Arabia Saudí, como actor conservador tradicional en la región, intenta «contener» las amenazas y mantener su propia seguridad. Mientras que el país intenta distanciarse del impacto de las dinámicas sociopolíticas de la Primavera Árabe y evitar que crucen la frontera, su activo papel en la crisis de Bahreín y Siria está centrado en contener el papel regional de Irán así como en reforzar su seguridad relativa.

Sin embargo, actualmente Arabia Saudí es el único gran país árabe capaz de involucrarse en la diplomacia activa. Su enorme riqueza petrolífera le da los medios al tiempo que se siente amenazada por una conexión de fuerzas externas e internas que exige una activa política exterior para frenar el crecimiento de la influencia iraní en la región. Arabia Saudí, con sus inmensas reservas de petróleo, una respetable base demográfica y un enorme arsenal de sofisticado armamento comprado a Occidente, principalmente a Estados Unidos, se encuentra en el centro del sistema del Golfo Pérsico y es el poder predominante en el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), creado en 1981 y que reúne a las seis dinastías monárquicas de la Península Arábiga.

Su disputa geoestratégica con Irán y su autoproclamado papel de protector de los intereses sunníes frente a Irán y sus correligionarios chiíes en Iraq y el levante han incrementado su valor como principal Estado árabe de influencia, y no Qatar, como a menudo se dice en los medios de comunicación. El diminuto emirato sufre de una serie de restricciones diplomáticas, religiosas y demográficas para expandir su influencia en comparación con la serie de instrumentos y mecanismos que utiliza el Reino de Arabia Saudí para exportar su ideología religiosa más allá de sus fronteras. La influencia que tiene el territorio saudí como «cuna del islam» ha favorecido, como afirmó Laurent Bonnefoy,<sup>1</sup> el surgimiento de una serie de mecanismos de proselitismo que el «poder blando» saudí ha utilizado, combinando los grandes ingresos del petróleo con una diplomacia de ONG y organizaciones internacionales islámicas (la Liga Musulmana Mundial, etcétera).

Sin embargo, puede que Arabia Saudí, como Estado, sea un coloso con pies de barro. El refuerzo de su potencial, principalmente mediante la compra de armamento de alta tecnología a Estados Unidos, es poco probable que altere el equilibrio de poder entre Riad y Teherán. El Estado saudí es vulnerable principalmente porque su antiguo liderazgo se ve regularmente amenazado con la sucesión. Este tema ha sido planteado abiertamente por la tercera generación de príncipes liderados por los hijos del rey Abdullah y los poderosos herederos del clan Sudairi<sup>2</sup> (el clan del anterior rey Fahd, los príncipes Sultan y Nayef, que actualmente es liderado por su hermano, el príncipe Salman, que también es ministro de Defensa).

Por lo tanto, a pesar de su considerable influencia financiera y religiosa, es posible que su inherente debilidad y las contradicciones internas de su política exterior limiten su atractivo en la región y coarten considerablemente su diplomacia. La negativa de Arabia Saudí a pronunciar su discurso en la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en septiembre de 2013, seguida al poco tiempo por su rechazo a sentarse entre los miembros no permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, debido al desacuerdo con la resolución adoptada en la ONU sobre Siria, dejó en evidencia los límites de la falta de pragmatismo que los saudíes han mostrado tradicionalmente en la diplomacia. Si el objetivo era mostrar su descontento con la ONU y con la nueva orientación diplomática de Estados Unidos en Oriente Medio, que muestra una clara falta de disposición a participar en cualquier otra intervención militar en la región MENA, este abierto

1 Laurent Bonnefoy (2013). *Saudi Arabia and the Export of Religious Ideologies*. Oslo: Norwegian Peacebuilding Resource Centre (NOREF) Policy Brief, septiembre de 2013.

2 Sudairi es el nombre de la madre de los seis hermanos que solían representar a este clan: el rey Fahd, los príncipes Sultan y Nayef (todos muertos), los príncipes Abdulrahman y Ahmad (sin cargos oficiales hoy en día) y el actual príncipe heredero Salman. El clan Sudairi está ahora mucho más representado por la joven generación (la tercera), que sin embargo tiene una red de relaciones mucho menor que la anterior generación, que estaba unida por los importantes lazos de sangre directos. Las principales figuras de la nueva generación Sudairi son el príncipe Mohammed bin Nayef, ministro de Interior, su hermano de padre y madre Saud, gobernador de la provincia de al-Hasa, el príncipe Bandar bin Sultan (director del Servicio de Inteligencia), su medio hermano Salam bin Sultán, viceministro de Defensa y los hijos del príncipe Salman, Abdel-Aziz, viceministro del Petróleo, y Sultan, director del Consejo supremo de Turismo y Faisal, gobernador de Medina.

descontento saudí no empujó a las autoridades del país a retar a Estados Unidos, que es su mayor aliado en la región.

Desde que se iniciaron los acontecimientos de la Primavera Árabe, Riad, con su profundo miedo a los vientos de cambio irreversibles en el mundo árabe, ha adoptado un enfoque defensivo basado en la defensa del statu quo. Esto explica su pánico cuando el presidente Mubarak abandonó el cargo y los Hermanos Musulmanes llegaron al poder después de ganar las elecciones presidenciales y legislativas en 2012.

Riad centró sus principales acciones en mantener su esfera de influencia inmediata, el CCG, que incluye a las seis monarquías árabes del Golfo, y en contener el caos yemení. La primera intervención, sin precedentes, fue la del Escudo Árabe de intervención militar en Manama el 14 de marzo de 2011 bajo la protección de una acción multilateral del CCG. En realidad, era una intervención dirigida por los saudíes con el fin de ayudar al califa de la dinastía sunní a poner fin a las movilizaciones populares dominadas por la población chií. Aunque la movilización popular no fue sectaria, en un inicio, sino que tenía demandas políticas y luchaba contra la discriminación social que sufrían como ciudadanos de Bahreín.<sup>3</sup> Pero el hecho de que la mayor parte de la población sea chií sirvió a las autoridades de excusa para argumentar que era una lucha sectaria que quería derrocar el liderazgo sunní.

Otro instrumento diplomático que ha utilizado el Reino de Arabia Saudí ha sido la idea de lanzar una unión del Golfo. Como todo el mundo sabe, el CCG se hizo posible el 25 de mayo de 1981 debido a la amenaza de expansión de la Revolución Islámica y de la guerra entre Irán e Iraq en septiembre de 1980. La propuesta saudí del proyecto de la Unión del Golfo en la 32.ª cumbre de Estados del CCG de Abu Dabi en diciembre de 2011 tenía como objetivo mostrar su fuerza en un cara a cara con su enemigo iraní. La intervención militar del CCG en Bahreín, que ha creado descontento en la Administración estadounidense, también ha demostrado perturbar a Irán en cierto modo. Si bien la idea de la unión no es muy popular entre los Estados del CCG que la rechazaron,<sup>4</sup> la idea de reforzar a los países del CCG en un marco unificado de seguridad y defensa se ha llevado, hasta cierto punto, la aprobación de los gobernantes. Más aún, aunque la idea de la Unión del Golfo aparece de forma explícita en el documento constituyente del CCG en su artículo 4, el concepto de la *unión* que utiliza el rey Abdullah de Arabia Saudí es un eco del concepto de *tawhid* ('unidad'), altamente enfatizado en la ideología hanbalí wahhabí que es la piedra angular de los cimientos ideológicos del reino moderno. Y el Consejo de Grandes Ulemas (la clase dirigente oficial

3 Geneive Abdo (2013). *The New Sectarianism: The Arab Uprisings and the Rebirth of the Shi'a-Sunni Divide*. Washington D. C.: The Saban Center for Middle East Policy, Analysis Paper Number 29, 10 de abril de 2013.

4 Durante el Foro de Manama (6-8 de diciembre de 2013), un foro anual sobre temas de seguridad en la región del Golfo, el ministro de Asuntos Exteriores del Sultanato de Omán rechazó públicamente, con firmes palabras, cualquier idea de unirse al proyecto de Unión del Golfo presentado por el ministro saudí de Asuntos Exteriores, Nizar Madani. Véase Foro de Manama, <<http://www.iiss.org/en/events/manama%20dialogue/archive/manama-dialogue-2013-4e92> y <http://susris.com/glossary/manama-dialogue/>> [Consultado el 8 de diciembre de 2013].

wahhabí), como los principales imanes de las grandes mezquitas de la Meca y Medina, alabaron varias veces durante 2012 en sus sermones y rezos de los viernes la gran importancia de lograr una unidad económica y de seguridad dentro del CCG para ser capaz de defenderse de fuerzas hostiles.<sup>5</sup>

El anuncio realizado por el secretario de Defensa Chuck Hagel en el Foro de Manama (en diciembre de 2013) sobre el compromiso de Estados Unidos para garantizar la seguridad de los aliados del Golfo Pérsico fue reiterado con el nuevo ofrecimiento de Estados Unidos de ayudar al CCG a construir él mismo una estructura de seguridad y defensa con nuevo y sofisticado armamento capaz de prevenir cualquier agresión extranjera.<sup>6</sup>

La guerra civil siria se convirtió en un nuevo catalizador de la reafirmación ideológica y de la intensidad de la rivalidad regional entre Arabia Saudí e Irán. De hecho, es poco probable que se reduzcan las tensiones sectarias regionales a corto plazo, especialmente en el campo de batalla sirio. Irán no tiene interés por hacer concesiones en la cuestión siria mientras intenta llegar a un acuerdo final con Estados Unidos y la comunidad internacional (P5+1) sobre su programa nuclear. En cuanto a Arabia Saudí, nunca aceptará una situación en Siria parecida a la iraquí, donde Irán tiene ventaja en el país.

### La estrategia estatal iraní

Teherán es la que ha salido ganando más con los cambios geopolíticos que tuvieron lugar después de la caída de Saddam Husein en Iraq y el derrocamiento del régimen talibán en Afganistán. Sin embargo, la Primavera Árabe va en contra de los esfuerzos de Teherán por expandir su influencia en Oriente Medio. El continuo apoyo de Teherán a la Siria de Bashar al-Asad ha dañado su reputación. Si Al-Asad cae, Irán perdería a su mayor aliado. Además, hay que tener en cuenta que los árabes están ahora orgullosos de sus propios logros revolucionarios, e Irán está perdiendo la popularidad que tenía como régimen antisraelí y antiamericano, especialmente después de que tras las últimas elecciones presidenciales, el presidente Hasan Rouhaní se reconciliara con Washington.

Como recalca Mohsen Milani,<sup>7</sup> antes del inicio de la Primavera Árabe, la alianza entre Irán, Siria e Hizbullah era fuerte y popular entre los llamados «ejes de resistencia» que han basado sus fundamentos ideológicos en la narrativa de la «resistencia» contra Estados Unidos e Israel. Esta triple alianza había dado a Irán una profundidad estratégica en el corazón del Oriente Medio árabe. Esto le permitió a Teherán crear lo que Milani llama un «corredor de resistencia» que cubría Irán, Iraq, Siria y el Líbano. Así que, irónicamente, mientras Irán apoyaba los alzamientos de Túnez, Egipto, Libia y Bahréin, excepto el de Siria; Arabia

5 Varios artículos de la prensa saudí plantearon la cuestión (*Al-Watan, Asharq al-Awsat y Al-Hayat*).

6 Walter Pincus (2013). «Hagel's verbal assurances for continued U.S. presence in the Middle East come with action», *The Washington Post*, 11 de diciembre de 2013.

7 Mohsen Milani (2013). «Why Teheran Won't Abandon Assad(ism)», *The Washington Quarterly*, otoño de 2013, pp. 79-93.

Saudí, que se oponía fuertemente a los alzamientos, encontró con el de Siria una oportunidad para socavar a Al-Asad, Irán e Hizbullah.

El único resultado positivo de la Primavera Árabe para Irán fue la caída de Mubarak, pero con la destitución del presidente electo Morsi y la dura represión del movimiento de los Hermanos Musulmanes Irán tuvo otro gran revés ya que seguía una política doble de expansión de su papel regional y de contención de las amenazas. En el caso egipcio, Irán favoreció la aceleración de las dinámicas internas en el país, que serviría para lograr una relación más estrecha con el gobierno de Morsi.

En el caso sirio, la política de Teherán era contener la amenaza de que el actual equilibrio regional de poder cambiase en detrimento de Irán. Lo cierto es que, con su apoyo a Al-Asad, Irán ha caído en una trampa de la que no puede escapar sin grandes costes políticos y económicos. El actual líder supremo, el ayatolá Ali Jamenei, fue nombrado representante especial para supervisar la creación de la recién creada organización de Hizbullah en 1982 por el ayatolá Jomeini, por lo que sigue estando altamente convencido de su apoyo a Al-Asad. Para Teherán, Siria es un frente importante en su conflicto geoestratégico con Estados Unidos, es una guerra fría con Arabia Saudí y es una guerra contra los salafíes y los grupos asociados a al-Qaeda, cuyo odio por los chiíes es bien conocido. Teherán percibe el colapso del régimen de Al-Asad como un movimiento adverso que podría terminar con Hizbullah y la República Islámica. Esta es la razón por la que Milani argumenta con fuerza en su artículo que Irán luchará hasta el final para proteger al régimen de Siria, con o sin Al-Asad. El mensaje moderado de Rouhani a Arabia Saudí difícilmente conseguirá convencer a Riad de que la política iraní sobre Siria puede cambiar radicalmente, especialmente en su histórico apoyo a Hizbullah, que fue creada bajo supervisión iraní.

### **El impacto en las respectivas agendas internas de la retórica sectaria en la rivalidad geopolítica entre Irán y Arabia Saudí**

La creciente fragmentación de los territorios y el debilitamiento de los Estados en el levante e Iraq llevan a la profundización de las divisiones sectarias y también a la reafirmación de las identidades comunitarias por defecto. La nueva autoafirmación de «chiitización» entre los alauíes de Siria y Turquía es un claro ejemplo de la creciente solidaridad entre la comunidad sunní, de ideología salafí, o de los Hermanos Musulmanes, a la hora de ayudar a sus colegas sirios. Estas solidaridades identitarias están ayudando a Irán y Arabia Saudí a reforzar estas divisiones sectarias, pero al mismo tiempo podría convertirse en uno de los mayores golpes a sus respectivas agendas internas.

En el caso de Irán, esta actitud sectaria es un claro signo del fin de su voluntad por convertir su revolución islámica en un modelo universal para el mundo islámico. Por primera vez en la historia de la República Islámica, Irán está defendiendo sus intereses regionales como un Estado sectario, lo que está dañando su reputación como primer Estado revolucionario islámico. La puesta en marcha de una estrategia diferente para el eje de resistencia, también puede afectar domésticamente a los equilibrios internos de poder.

Con los alzamientos árabes cada vez es más difícil para Irán influenciar a los Estados y sociedades árabes a través de medios religiosos e ideológicos como ha hecho en el pasado.

Cuatro razones principales pueden explicar esta tendencia:

- La represión de las protestas de 2009 en Irán demostró el mismo autoritarismo brutal que la mayoría de los países sunníes vecinos;
- a medida que las sociedades y los gobiernos sunníes se empoderan, el interés por Irán desciende y la animosidad aumenta. La ideología de la «resistencia» y la ocupación palestina ya no son un factor de movilización en la política árabe de hoy en día;
- los alzamientos, en concreto en el caso de Egipto, han llevado al poder a los Hermanos Musulmanes, aunque luego hayan sido apartados del mismo por los militares apoyados por países sunníes conservadores como Arabia Saudí o Emiratos Árabes Unidos;
- la restauración de la ciudad iraquí de Najaf como centro teológico la ha situado por encima del centro iraní de Qom a los ojos de los chiíes árabes y esto hace que le sea más difícil a Teherán seguir reclamando ser el guardián exclusivo del chiismo.

Hoy en día el panorama es considerablemente diferente para las ambiciones regionales de Irán. La situación entre sunníes y chiíes en Iraq está empeorando, especialmente con la amenaza que supone el continuo alzamiento contra el gobierno alauí en Siria. Y esta dimensión es una de las razones que han llevado al recién electo presidente Rouhaní a llegar a un acuerdo con el grupo de los 5+1 sobre la cuestión nuclear para dar, poco a poco, una oportunidad a Irán de reintegrarse en la comunidad internacional y volver a ser el principal actor regional, no solo en Oriente Medio, sino también en su frontera oriental con Afganistán y Pakistán. A pesar de todo, la pesadilla de Irán sigue siendo el cambio de régimen en Siria. Desde Teherán, un cambio fundamental en la orientación del gobierno sirio así como en sus fuerzas militares y de seguridad se ve como un movimiento fatal que podría acabar con Hizbullah y la República Islámica. Pero la duración de la guerra civil ha permitido a Irán proporcionar una ayuda vital para el régimen de Al-Asad, entrenando a milicias con ayuda estratégica, militar y financiera — que ya había sido perfeccionada con anterioridad en el Líbano, Iraq y Afganistán.

Hoy en día, Siria se ha convertido en el nuevo centro de gravedad para las organizaciones yihadistas y terroristas como al-Nusra, frente que está afiliado a al-Qaeda. Si Al-Asad cae, es poco probable que estas organizaciones yihadistas abandonen Siria, por lo que tanto Irán como Estados Unidos compartirían el objetivo estratégico común de eliminar a estos grupos extremistas y asegurarse de que el Estado sirio no se derrumba.

En cuanto a Arabia Saudí, la prolongación de la guerra civil en Siria también ha cambiado su postura. Aunque Arabia Saudí sea, como actor regional, uno de los apoyos más significativos de la rebelión siria (del Ejército Libre Sirio y

la Coalición Nacional), ya no puede admitir más el «asadismo» o un régimen sin Al-Asad. El odio por el «asadismo» está profundamente arraigado en la opinión pública saudí, como se puede ver en los sermones de los imanes, las discusiones en las redes sociales y los cientos de combatientes saudíes que luchan contra Al-Asad con sus correligionarios sunníes sirios. La duración de la guerra civil siria difícilmente podría radicalizar la posición saudí, que es similar a la de su población, e intensificar el sectarismo.

Para el reino saudí y las otras monarquías del Golfo, como Bahreín e incluso Kuwait, el crecimiento de la narrativa sectaria y la profundización en la división, podría corroer la narrativa de las comunidades chiíes, que se ha centrado principalmente en su agenda integradora local y nacional. Pero el peligro es ver si se convierte en algo transnacional, algo que no parece ser el caso de acuerdo con Laurence Louër, quien principalmente centra su atención en el caso de Bahreín, que es una especie de caso ideal de las monarquías del Golfo.<sup>8</sup>

En el caso de Arabia Saudí, el Estado ha alentado la propaganda sectaria logrando aislar a la comunidad chií, como ha recalcado Madawi al-Rasheed.<sup>9</sup> Su posible conclusión de que la casa [dinastía] Al Saud tema cualquier intento de las élites por puentear la división sectaria y unir a los activistas chiíes y sunníes en Arabia Saudí es poco probable. Esta posible tendencia es absolutamente imposible porque la inmensa mayoría de los saudíes consideran a los chiíes saudíes como heréticos y como una quinta columna, según las enseñanzas de la élite religiosa wahhabí. En ese sentido, la casa Al Saud, a pesar de su creciente retórica sectaria, parece mucho más moderada que su población. Y es precisamente la retórica cada vez más sectaria sobre el rival geopolítico lo que puede causar un gran daño al liderazgo saudí. Porque, aunque la mayoría de los chiíes saudíes siguen manteniéndose leales a la casa Al Saud, la radicalización del movimiento secesionista en la ciudad de al-Awamiya en la provincia de al-Hasa, la región oriental tradicionalmente dominada por la población chií, es algo menor. Hoy en día, la proporción de chiíes en esa provincia oriental ha disminuido debido a la llegada masiva de ciudadanos sunníes saudíes provenientes de Najran y de Asir del sur, patrocinados por el gobierno para reequilibrar la demografía a costa de la población chií. De acuerdo con fuentes no oficiales del Ministerio del Interior se dice que, al día de hoy, la población chií en la provincia oriental ya no es mayoritaria. El mismo proceso también está teniendo lugar en Bahreín, donde la población chií puede representar hoy en día tan solo un 55% en comparación con el 70% de los años 80 debido a la masiva nacionalización de jordanos, sirios y pakistaníes sunníes.

A pesar de todo, con su proceso de toma de decisiones altamente centralizado y sus grandes recursos económicos, Arabia Saudí tiene argumentos de sobra para limitar los efectos de un conflicto sectario chií en su territorio. Pero el excesivo énfasis en la retórica sectaria puede afectar a medio plazo la narrativa de las comunidades chiíes en los Estados del Golfo. Es ya el caso de Bahreín y de

8 Laurence Louër (2008). *Transnational Shia Politics. Religious and Political Networks in the Gulf*. Londres: Hurst & Company.

9 Madawi al-Rasheed (2013). *Saudi Arabia's Domestic Sectarian Politics*. Oslo: Norwegian Peacebuilding Resource Centre (NOREF), agosto de 2013.

Arabia Saudí, que ha visto algunos pequeños levantamientos en las ciudades de al-Qatif y al-Awamiya. Este movimiento puede establecer solidaridades transnacionales más formales ya que la mayoría de las familias chiíes de Bahrein tienen lazos familiares con los chiíes saudíes. En el caso de Kuwait, la comunidad chií tiene la particularidad de compartir lazos estrechos con la familia en el poder. La dinastía Al Sabah siempre ha gobernado el país considerando a la comunidad chií como uno de sus pilares básicos. Esta situación también provocó tensiones entre la población sunní, especialmente con algunos salafíes y eminentes figuras tribales que acusaron a la dinastía Al Sabah en el poder de favorecer los intereses de la comunidad chií a costa de la comunidad sunní. Este favoritismo sin precedentes ha creado una especie de sentimiento sectario de «discriminación positiva» y ha generado cierta tensión identitaria con una polarización sectaria creciente que compite con las tensiones entre el campo y la ciudad de Kuwait.

### Conclusión

A casi tres años del comienzo de los levantamientos árabes, especialmente en el caso sirio, los beneficios para Irán y Arabia Saudí son claramente limitados y el panorama es más complicado. La guerra siria ha proporcionado un mecanismo para amplificar el conflicto sectario tradicional, convirtiéndolo de forma efectiva en un asunto transnacional. Los sunníes en el Líbano creen que, al enfrentarse a Hizbullah, están luchando por todos los sunníes, especialmente por sus correligionarios perseguidos en Siria, que están siendo masacrados a manos del régimen del presidente Bashar al-Asad dominado por los alauíes. Igualmente los chiíes de Bahrein creen que su alzamiento también es a favor de sus correligionarios, que han sufrido una larga opresión al otro lado de la frontera en Arabia Saudí. En el levante y el Golfo Pérsico, el sectarismo se ha hecho tan pronunciado que los clérigos sunníes ahora advierten de la «chiitización» de Oriente Medio y explotan las brutalidades cometidas por el régimen de Al-Asad para hacer un llamamiento por el dominio sunní.

Como resultado, se puede asegurar rotundamente que la división entre sunníes y chiíes va camino de desplazar el conflicto más amplio entre musulmanes y Occidente como el primer reto al que se enfrentan las sociedades islámicas en Oriente Medio. Este conflicto sectario también es probable que suplante a la ocupación palestina como el factor central de movilización de la vida política árabe. A medida que localmente, después de las revueltas, las sociedades árabes se vuelven más activas políticamente y tienen más conciencia política, la lucha contra Israel se va convirtiendo en una prioridad menor, sobre todo por la cantidad de crisis internas. Es probable que, durante los próximos años, asistamos a un refuerzo de las identidades (religión, etnia y otras solidaridades locales) y que los lazos primordiales jueguen un papel mucho más importante en las interacciones políticas y sociales.

## BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Fatiha Dazi-Héni es doctora en el Instituto de Estudios Políticos de París en *Participación política y movilización social en Kuwait a través de las diwaniyas*; es la analista principal encargada de asuntos del Golfo Pérsico en la Delegación de Asuntos Estratégicos; profesora titular del Instituto de Ciencias Políticas de Lille, donde imparte el curso *El mundo árabe en transformación*. Asimismo, es copresidenta de la cátedra de Oriente Medio en el Kedge Business School de Marsella con la Universidad Americana de Sharjah. Por último, ha publicado varios trabajos, entre los que se encuentran *Monarchies et Sociétés d'Arabie. Le temps des confrontations* (París, 2006); y muchos artículos sobre los Estados del CGG y las dinámicas regionales de Qatar, Arabia Saudí y Kuwait.

## RESUMEN

Las divisiones sectarias entre Arabia Saudí e Irán aparecen como resultado de una rivalidad geopolítica de ambas naciones en el Golfo Pérsico, impulsada por la búsqueda de la supremacía en Oriente Medio. Esta «guerra fría», que hace hincapié en la narrativa sectaria y no tanto en la religiosidad, es actualmente el factor internacional más importante en la zona, llegando a reemplazar al antiguo orden regional. En esa rivalidad, los dos Estados están compitiendo principalmente a través de la guerra civil en Siria, así como en los campos de batalla de Iraq y el Líbano. La guerra civil en Siria se ha convertido así en el nuevo catalizador de la rivalidad entre Arabia Saudí e Irán. El resultado es que, por un lado, Irán está defendiendo —por primera vez— los intereses regionales como un Estado sectario en lugar de como el Estado de la Revolución Islámica, como había hecho hasta ahora. Por otro lado, la credibilidad de Arabia Saudí en la región podría verse seriamente afectada por su narrativa sectaria radicalizada, lo que también podría socavar su estabilidad interna.

## PALABRAS CLAVE

Arabia Saudí contra Irán, rivalidad regional, polarización sectaria, «guerra fría», sunníes contra chiíes, catalizador sirio.

## ABSTRACT

Sectarian divisions between Saudi Arabia and Iran appear as a result of the two nations' geopolitical struggle in the Persian Gulf, driven by their quest for dominance of the Middle East. This 'cold war', with sectarian narrative emphasised over that purely based on religiosity, is now the most important international factor in the Middle East, replacing the ancient regional order. The Syrian civil war provided the catalyst for the Saudi-Iranian rivalry, with the two states now competing chiefly through the Syrian conflict, as well as Iraq and Lebanon. As a result, Iran is defending its regional interests as a sectarian state for the first time—rather than as an Islamic revolutionary state. Meanwhile, Saudi Arabia's regional credibility could be severely damaged by its radicalised sectarian narrative, potentially eroding its domestic stability.

## KEYWORDS

Saudi Arabia vs Iran, regional competition, sectarian polarisation, 'cold war', Sunni vs Shi'a, Syrian catalyst

## الملخص

تبدو الإنقسامات المذهبية ما بين العربية السعودية و إيران كنتاج للتنافس الجيوسياسي من أجل الهيمنة في منطقة الشرق الأوسط مع التشديد على السردية المذهبية و ليس على التدين. و تعكس هذه «الحرب الباردة» التنافس الناتج عن المواجهة الجيوسياسية ما بين البلدين في الخليج الفارسي التي تعد اليوم العامل الدولي الأكثر أهمية في منطقة الشرق الأوسط، و الذي حل محل النظام الإقليمي القديم. و تتنافس إستراتيجيات الدولتين بشكل رئيسي من خلال الحرب الأهلية في سوريا و على ساحات المعارك في كل من العراق و لبنان. و قد تحولت الحرب الأهلية في سوريا إلى حفاز جديد للتنافس ما بين العربية السعودية و إيران. و النتيجة هي أن إيران أصبحت تدافع -لأول مرة- عن مصالح إقليمية كدولة مذهبية بدل دولة الثورة الإيرانية كما كانت تفعل في السابق. و من جهة أخرى، فإن مصداقية العربية السعودية في المنطقة سيلحقها الضرر بشكل جدي بسبب سرديتها المذهبية المتشددة و التي يمكن أن تؤدي إلى تقويض إستقرارها الداخلي.

## الكلمات المفتاحية

العربية السعودية ضد إيران، التنافس الإقليمي، التقاطب المذهبي، «الحرب الباردة»، السنة ضد الشيعة، الحفاز السوري.